

# CASA XOCHIQUETZAL, EL LUGAR DE RETIRO PARA PROSTITUTAS

A los 11 años, las exigencias y educación religiosa que su madre imponía en casa le quedaban chicas a Sonia, aunque hallaba los mimos en su padre —gallero profesional—. Ella quería vivir, así que se escapó. Hoy, esta mujer hermosa y distinguida, es huésped de la Casa Xochiquetzal, un albergue único en el mundo, ubicado en el Centro Histórico de la Ciudad de México, que da techo, alimento y tranquilidad en la vejez a mujeres que vivían en la calle y que alguna vez —o aún hoy— han tenido por oficio la prostitución.

POR CELIA GÓMEZ RAMOS • FOTOS: BÉNEDICTE DESRUS



“

“Recuerda que tú eres mi bebé y que yo te amo, hijo. Que si necesitaras mis ojos, en este momento me los quito y te los doy”, me dictaba Sonia, sentada en una banca de madera, en el patio de una casa del siglo XVIII, mientras las letras corrían en la hoja del cuaderno. “Piensa que tu madre —proseguía fluidamente— hizo todo para que tú y tus hermanas estuvieran bien. Así como estoy los saqué adelante. Entonces, tú puedes”. Era una carta para su hijo mayor, de 48 años.

Y es que Sonia, sólo 15 años mayor que él —tiene 63—, aprendió a sortear la vida como venía. En su memoria está aquella ocasión que su padre le dijo, siendo niña, que tenía la sangre azul; así como la decepción que se llevó, cuando se cayó de un árbol y descubrió que no era así. Todavía habría de reafirmarlo, cuando una bala penetró su frente, y para recordárselo siempre, se le quedó incrustada, semiparalizándole pierna y brazo izquierdos, desde los 14 años de vida.

A esa edad, Guadalupe Sonia —aunque el ‘Lupita’ casi no lo usa— ya había emprendido su viaje al mundo, sola, lejos de las exigencias, golpes y educación religiosa que su madre le imponía. No obstante, su padre la mimaba.

Hoy, esta mujer distinguida, de ojos color miel, piel blanca y cabello platinado muy corto, es una de las 26 mujeres que habitan la Casa Xochiquetzal, un albergue único, localizado en el corazón del DF, para mujeres de la tercera edad que se dedicaron al trabajo sexual y, desafiando la imaginación, que algunas aún ejercen.

Aunque varias de las residentes de la Casa Xochiquetzal se conocían, nunca pensaron en ser amigas, pues siempre compitieron por los clientes. Probablemente tampoco hoy lo sean, porque al habitar un mismo techo, encontrarse y convivir no ha sido fácil. La supervivencia las hizo bravas. Son observadoras natas. Se comen el mundo. Son sabias, divertidas, buenas narradoras, de imaginación vigorosa y no se dejan. El refugio ha posibilitado la reflexión y conocer sus historias, aprendizajes y sueños.

\*\*\*\*\*

Desde pequeña, Sonia era muy observadora y preguntaba todo. “Mi mamá y mi papá no me dejaban jugar con los hijos de los peones porque decían que estaban piojosos, que eran indios

ladinos, que nomás me iban a enseñar cosas feas”, narra, moviendo la cabeza burlona. “Que yo era la niña de la casa. Y me decían patroncita o niña, todos los peones... Yo me fui creyendo la gran cosa —me mira con suficiencia—, toda la vida. Hasta la fecha, todavía me lo creo. No se me ha quitado”.

“Yo siempre que me levanto digo: ¡Ay, diosito!, yo sé que tú hiciste cosas maravillosas, pero conmigo exageraste. En lo que sí la regaste fue en mis orejas, como que me las dejaste muy grandes”. —¿Y mentalmente?, indago: “No, eso sí le falló en todo, estoy reloca. Lo que me faltó de cerebro me lo dio de orejas”, ríe al fin, como congraciándose consigo misma.

Sinaloense de nacimiento, llegó a los seis años a la Ciudad de México con su familia (padre, madre y hermanos). Vivieron en el rancho San Antonio Tula, por Vallejo, en el norte del DF.

“Nosotros no teníamos dinero. Mi papá era el administrador del rancho y era compadre del dueño, así que tenía

dice, de las muchachas que trabajaban en el rancho. Así que cuando su mamá —30 años menor que su padre— la enviaba a algún mandado... a pintarse y subirse la falda. “Y si andaba mi mamá por ahí cerca, le decía: “Mamá, está chillando mucho tu pajarita Lupita —ella ponía nombres a sus pájaros—. A esa se le había mochado una patita, como si hubiera adivinado que yo iba a ser así, de ‘pata mala’. Y ahí iba mi mamá de tonta a ver el pajarito, y en lo que iba, me salía corriendo a la calle”.

Sonia jamás escuchó ni leyó en cuento alguno (no fue a la escuela) que los cabellos largos debían ser trenzados para que atraparan las tristezas, así que se atormentaba con “las naguas hasta el tobillo, el cabello restirado y las trenzotas”. Su mamá “era muy fanática de la Iglesia, del rosario y de la misa... Ella prometía, y uno tenía que cumplir. Y como ellos (los padres) estaban enfermos y no tenían ganas de nada, nos mandaban a acostar temprano y si no querías, ella agarraba las chanclas y

Aunque varias de las residentes de la Casa Xochiquetzal se conocían, nunca pensaron ser amigas, pues siempre compitieron por los clientes. Probablemente tampoco hoy lo sean.

muchos privilegios y un buen sueldo. También era gallero profesional y luego toreaba en los palenques. Mi madre se dedicaba al hogar, era muy joven, tenía epilepsia, era muy nerviosa y me regañaba mucho”, platica sentada sobre su cama, con su bastón al lado.

“Me tenían encerrada en la recámara, ni televisión ni radio. No aguantaba yo esa situación, a lo mejor no era para tanto, pero...”, suspira hondo desviando la mirada hacia su pie, con marcas moradas a la altura del tobillo por la falta de circulación.

A los nueve años, Sonia agarraba las pinturas de su madre, se maquillaba y se levantaba las faldas con alfileres o seguros, porque entonces andaban de moda las minifaldas. Lo aprendió, me

ponle”, pela Sonia los ojos. Esa vida no era para una niña inquieta. “No nací con alma de pendeja, ni mártir, ni nada”, analiza.

Su padre, descendiente de españoles, era bromista y utilizaba muchas palabras que ella no solía escuchar. “Rapaz”, la llamaba cuando se enojaba, y lloraba porque “sentía que ni siquiera éramos parientes cuando me decía así”.

\*\*\*\*\*

Desde hace cinco años, Sonia vive en la Casa Xochiquetzal. Llegó a ella luego de que una de sus hijas le quitara sus ahorros. Este albergue, nacido hace nueve años —11 de febrero de 2006— representa la unión de esfuerzos entre el Gobierno del DF, que prestó la casa y

provee los alimentos, así como mujeres intelectuales y del ambiente artístico que, incentivadas por una sexoservidora, Carmen Muñoz, crearon una asociación civil capaz de recibir donativos de la sociedad, para resolver las necesidades restantes. Así surgió y así es como se continúa sosteniendo.

En la Casa Xochiquetzal se da techo, alimento, atención médica y psicológica, así como actividades recreativas y se procura una vejez digna, merecida por todos, a mujeres que se dedicaron al trabajo sexual, comenta su directora, Jesica Vargas González. Y en este tiempo, unas 300 mujeres han podido ser apoyadas, empezando por obtener sus documentos de identidad, primer paso para contar con derechos.

Aquí se fomenta la participación en comunidad de las habitantes, con reglas sencillas a seguir. Son libres de continuar trabajando en la calle o emprender un pequeño negocio. Hoy viven bajo un mismo techo, duermen y sueñan en esas

a leer (aprendió con las historietas de Memín Pinguín y Lágrimas y risas). Trabajaba de las 7 de la mañana a las 11 de la noche, frente al jardín. Yo era la 'atracción' en esa marisquería... Venían muchos policías porque estaba aquí atrás de la delegación. La señora me quería como a su hija, hasta me mandó a arreglar un pedazo del tapanco para que ahí viviera... Yo le echaba veintes a la sinfonola y me ponía a bailar ahí. Me cuidaba yo mucho aquello", levanta y baja las cejas Sonia.

Hasta que en un baile, en una vecindad en la Romero Rubio, a los 14 años, un hombre abusó de ella y le disparó para que no dijera nada. La bala sigue en su cabeza, no se la pudieron sacar. Brazo y pierna izquierda, semiparalizados, y quedó embarazada del hijo al que entregó la carta que me dictaba, y al que jamás pensó en abortar, porque él no tenía culpa.

Después de permanecer en coma por mes y medio, Sonia despertó. El

"Te cobra 5,000 pesos, pero como ella es nueva, 10,000". El hombre pensó que era mucho, aunque pronto llegó el que ofreció más. "Mi primer cliente fue un señor viejito, de una librería. Me acariciaba la carita, las manitas, y él se hizo con la mano lo demás", relata Sonia. Después, la amiga le enseñaría a robar a los clientes.

Embarazada como estaba, trabajó en la esquina de Mixcalco y Guatemala. Se paraba en una puerta de madera, y de 8 a 10 de la noche se hacía hasta con 7,000 pesos. Cuando llegaban los clientes metía la panza y agarraba a alguien. Luego, llegaba la Policía y les decía: "No señor, si ya me voy a aliviar", y sacaba la panzota. Alguna vez, sin dinero, se la llevaron presa —15 días o 500 pesos de multa—, pero ella le echaba todas las ganas, porque quería vestirse bien, pintarse y usar todo lo que no la habían dejado. Y ¿de ahorrar?, "pues energía", dice.

"Yo me estreso mucho cuando me hace falta algo, porque trabaja con demasiada fuerza mi cerebro, lo mismo para la limpieza o para algún antojo. Debo controlarme, sobre todo en lo material... Pero es que —añade—, el que a este mundo vino y no toma vino, pues a qué chingados vino".

\*\*\*\*\*

Canela regresó a su hogar (la Casa Xochiquetzal) luego de haberle querido dar una oportunidad al amor, a los 72 años. Parece una niña caprichosa, pero tierna. Hace gestos y juguetea todo el tiempo. Dicen que ella es muy conocida por La Merced y también muy respetada. Ahora usa faldas largas, pero a los 45 se le veía 'la bombacha' porque "el que no enseña no vende", se le escuchaba.

Hoy sale con un carrito de supermercado a vender dulces, así logra conseguir dinero para sus gustos, porque falso sería decir que ya no son vanidosas. Normota y Canela se conocieron en la calle y, raro, se hicieron amigas. Canela solía cuidar a Normota luego de sus parrandas.

\*\*\*\*\*

Raquel era mesera, pero no le alcanzaba para vivir bien, así que un día decidió "dedicarse al tacón", platica. Es muy carnosa y con curvas. Le gusta bailar y cantar, es buena para el discurso, aunque de hecho todas lo son. Aquí la más indefensa es la menos respetada. Raquel guarda todo lo que puede, acumula y

Aquí se fomenta la participación en comunidad de las habitantes, con reglas sencillas a seguir. Son libres de continuar trabajando en la calle o emprender un pequeño negocio.

paredes que en otro momento albergaron el Museo de la Fama. Se localiza entre los barrios de La Merced y Tepito.

\*\*\*\*\*

Altiva y segura de sí misma, Sonia no se deja. Hoy suele hablar mucho, leer el libro *Vaquero*, limpiar y ordenar su cuarto todo el tiempo. Tiene una memoria privilegiada y es una gran contadora de historias. Tuvo dos medios hermanos, y uno más de padre y madre, con el que jugaba, nacido con labio leporino y sin paladar. Su mamá pensó que había salido así por la edad del marido, porque "no me lo completa cuando hacemos el amor, porque ya está viejito y se cansa", soltó la carcajada el médico al escucharla, recuerda Sonia, que ese día la acompañaba.

A los 11 años, la niña ya andaba por el barrio de Tepito "de canija", pero no hacía nada malo, "me dedicaba a buscar trabajitos de lavar trastes", relata. "Me fui de meserita, y una amiga me enseñó

papá la llevó a rehabilitación y pese a las opciones para recuperar el movimiento, la madre no quiso; tampoco que volviera a casa.

"A mí la vanidad me mataba en ese tiempo. Lloraba mucho y mi mamá en lugar de consolarme, me decía 'Tú te lo buscaste'", toma aire Sonia, desplazando nuevamente la mirada, hacia su pie malo: "Le agarré mucho rencor, por eso cuando murió lo primero que pensé fue: '¡Qué bueno, por ojete!'".

Siguió de mesera. Hasta que decidió, a los 15 años, luego de varios acosos de los comensales, que si había de tener sexo, cobraría, y le pidió a su amiga —la misma con la que aprendió a leer—, que le enseñara. "...Me quedé mirando al santito en una Iglesia. Tú quieres que sea mala, pues ahora voy a ser. Me voy a parar con las mujeres de la calle, porque yo me quiero portar bien y tú no me ayudas, Chuchito". Y desde entonces...

Llegó el primer cliente: "¿Cuánto me cobras?", le preguntó, y la amiga dijo:







acumula. Hoy trabaja en un puesto de ropa, anunciando prendas, ‘calichar’ le llama, aunque a veces se sale “a pellejar, a ver dios qué nos socorre”, ríe traviesa.

Son territoriales y con personalidades fuertes, por lo que algunas no se hablan mucho, se respetan. Han tenido una vida tan agotadora al día, que no se dejan. Para ellas vivir es defenderse, mantenerse en guardia. Aunque si te abren su corazón, son sabias y cariñosas.

\*\*\*\*\*

Normita casi nunca estaba en casa, porque trabajó hasta hace poco en limpieza, sin embargo, a sus 76 años y con la posibilidad de jubilarse, lo prefirió. Le duelen sus piernas.

Nació un día de los inocentes, aunque dice que ella es “inocente entre comillas”. Vivió con sus abuelos hasta que la enviaron con un tío a la ciudad de México. Laboró en el Hospital Infantil desde los 15 años, hasta que una amiga del trabajo le recomendó salirse y ganar dinero. “Cuando uno es muy joven no piensa”, cuenta Normita. Se iban a una zona donde los carros se detenían, para llevarlas a los hoteles. “Pagaban bien. Nunca me pasó nada”, comenta agradecida con la vida, pues a algunas de sus conocidas nunca más las volvió a ver.

Su marido fue su cliente, pero murió pronto. Es lista y observadora, no le gusta meterse con nadie, y a la hora de dar remedios, no hay quien le gane.

\*\*\*\*\*

“El arreglo y el maquillaje te da presentación... Si estás triste, chapeadita, no saben lo que traes dentro. Cuando me pinto, siento que el mundo no me merece. No se me va a quitar ni aunque me muera”, me platica Sonia, mientras desenfunda el cepillo del rímel. “Por eso les digo a mis hijas que cuando me muera me maquillen bien, para que le diga San Pedro a San Pablo, esta no me la mandes al infierno, a esta le das las llaves de mi departamento”.

Sonia recibió golpes, pero no de los clientes, sino “de los que te encuentras en la calle y no quieres ir con ellos porque están mariguanos. Los clientes son buena gente casi siempre. Si de joven me seguían mucho los viejitos, ahora de viejita me siguen mucho los jóvenes, pero nada de escuincles ‘porque sales miada’. Porque aunque ahora venda dulces, si cae algo...”.

Hoy cobra 150 pesos, 100 como mínimo.

\*\*\*\*\*

Las habitantes de la Casa Xochiquetzal tienen tan pocas pertenencias, que conservan lo mejor en su memoria. Mucho tiempo vivieron en hoteles, así fue su día a día.

Mientras María Isabel acumula letras, porque escribe poemas; Daniela practica yoga para enaltecer su espíritu. Sol y Norma Angélica pintan. Conchita borda para echar a volar su imaginación; Rosa registra horas de vuelo escuchando radio Universidad, pues disfruta la música clásica, al tiempo que

Victoria arma sopas de letras en el jardín y Normota, si no está mal de salud, pues tiene el corazón grandote, visita el parque San Fernando, “mis oficinas”, exclama orgullosa.

Algunas de ellas son madres y nunca hubieran pensado en abortar, va contra su naturaleza, aunque sus hijos no las entiendan, cuando incluso tuvieron que mantener con su trabajo, el sexual, al varón con quien los parieron.

Todas se integran al cuidado de la casa, cada una asea su habitación, lavan su ropa y sus trastos; se turnan para lavar baños y para preparar la comida. Todas tienen actividades y han de asistir a los talleres que se realizan, para formar comunidad.

Entra Rosa al cuarto de Sonia y le cuenta que quiere visitar a su sobrina en el aeropuerto, pero no tiene dinero. Sonia le da, pero sabe que no lo necesita; el transporte es gratis para ella, pues tiene más de 70 años. La ayuda, primero porque tiene, y después, porque eso le da poder. “Amigas son estas, mis tetas, están juntas, pero no se hablan”, agrega una vez que sale Rosa de la habitación.

Además del hijo mayor, Sonia tuvo dos muchachas. “De chiquitas: las viejas las veían feo y las niñas decían: ‘No nos quieren, nos odian’, y yo les decía: ‘Nos odian porque somos bonitas...’ Pero a mí me vale, mientras me quiera Dios, vale madre sus pinches apóstoles”, remarca soberbia.

“Bonitas de la cascarita, pero podridas por dentro, como yo”, habla Sonia de sus hijas. “Ellas de bonitas tienen lo que yo de señorita. ¿Yo soy señorita? De la niña de mis ojos, es por el único lugar por donde no me han dado nada”.

“No soy dramática, soy parapléjica —le molesta mucho un ojo—. Es la parálisis que tengo, por lo de la bala... Todo por la mitad, todo. La mitad exactamente. Todo tengo parálítico. Me perjudicó hasta en el sexo. Soy frígida de un lado y del otro no”.

Después de más de dos años de charlas constantes, Sonia me confió que antes de llegar a la Ciudad de México, todos dormían en la misma habitación. Su hermanito con sus padres, y ella, más grandecita, en su cama. Hasta que los visitó un pariente varón, de unos treinta y tantos, y la hubo de compartir. Él le tapaba la boca y la tocaba. No tenía ni seis años.

La amenazó para que callara, y ella lo hizo, pero a esa corta edad, me dice, ese hombre le despertó sensaciones, y se ha

preguntado si eso tuvo que ver en algo para que se dedicara a la prostitución.

\*\*\*\*\*

La familia de Sonia siempre ha sabido a qué se dedica. Es con su hijo mayor, con quien convive más y con su primer nieto, del que se hizo cargo de pequeño. Cuando él le dice “Quién es la abuelita más bonita, la de los bracitos dormilones”, siempre le da el sablazo, pidiéndole dinero. Pero ella se repite y me repite: “Pues para eso está su abuela, y si tengo, se lo doy. Aunque me quede sin nada”.

Esta mujer conversadora vivió varios años con Clemente, al que llamaba ‘padre de sus hijas’. Cuenta que él “se dedicaba a vivir de las mujeres: Yo lo vestía, pero nunca me obligaba a que le diera yo una cantidad. Lo que sí, me pegaba porque era yo muy puta, yo me pasaba”, ríe.

el parque de Loreto, se acercaban y le pedían la hora, y ella les tenía que preguntar: “¿Quieres la hora o quieres otra cosa?”.

“Ésta ya no es la araña negra —se toca el vientre—, ahora es la Salinas de Gortari, porque está pelona y orejona. No, si cuando uno está jovencita, está uno en su lugar, ya cuando está viejita se le cuelga a uno un poquito, como que se hace así media bocona”, y florea los labios.

En Tepito había un gimnasio famoso, donde los boxeadores entrenaban, y conquistó de vista al Campeón Guadalupe Pintor. “Me vio y ha de haber dicho ‘Ahorita se me hace con esta’, pero no contaba el baboso que no me gustó nadita”. Por un par de años la pretendió, pero para Sonia “estaba refeo, tenía cara de ídolo azteca. La cartera sí podía tenerla,

Las habitantes de la Casa Xochiquetzal tienen tan pocas pertenencias que conservan lo mejor en su memoria. Mucho tiempo vivieron en hoteles, así fue su día a día.

Aunque acabó enviándolo 12 años a la cárcel, “por padrote y maltratador”.

Sonia cree que Clemente se sentía poca cosa, porque su miembro era muy chico. Su mamá, que hacía tortillas en casa, aventó un leño ardiendo al quemarse, y por accidente, le cayó a él a los siete años; le partió el miembro y le tuvieron que cortar una parte.

Todavía perdonaría a Clemente. Hasta que después de muchos golpes, se armó de valor y lo picó con un cuchillo.

Lo tiene claro: “A mí lo puta no se me quita hasta que me muera. Mientras que el cuerpo aguante y me sigan pelando, pa’qué desperdicio, ¿verdad? De todas maneras se lo van a comer los gusanos; mejor que se lo coman los cristianos”.

\*\*\*\*\*

A los 40 años comenzó a sentir que se le arrugaban mucho las manos, ya no le quedaban como antes, relata Sonia, y comenta que a veces, cuando se sentaba en

pero no, no me gustan dientones porque me muerden y él estaba muy dientón. Te digo que me gustan caballeros y él era muy corrientito”.

Además de caballero, el hombre para Sonia ha de ser espléndido y que sepa respetar, aunque no sea fiel, porque asegura “los hombres fieles son como los teléfonos, bien ocupados o bien descompuestos”.

Así que se desquita con su cartera, y aunque tiene corazón grande, mejor que no se le note.

Al campeón se lo encontró después, me confiesa, cuando ella tenía unos 50, y le dio pena que la viera ya viejita.

“Yo aunque sea con la boca, pero me defiendo”, sostiene, dueña y señora de su talento, no obstante su hijo mayor no haya creído que las palabras de esa carta fueran las de su madre. “Ni modo —dice ella refugiendo una vez más la mirada en su pie—, yo no lloro, soy bien machina”. ☺

